

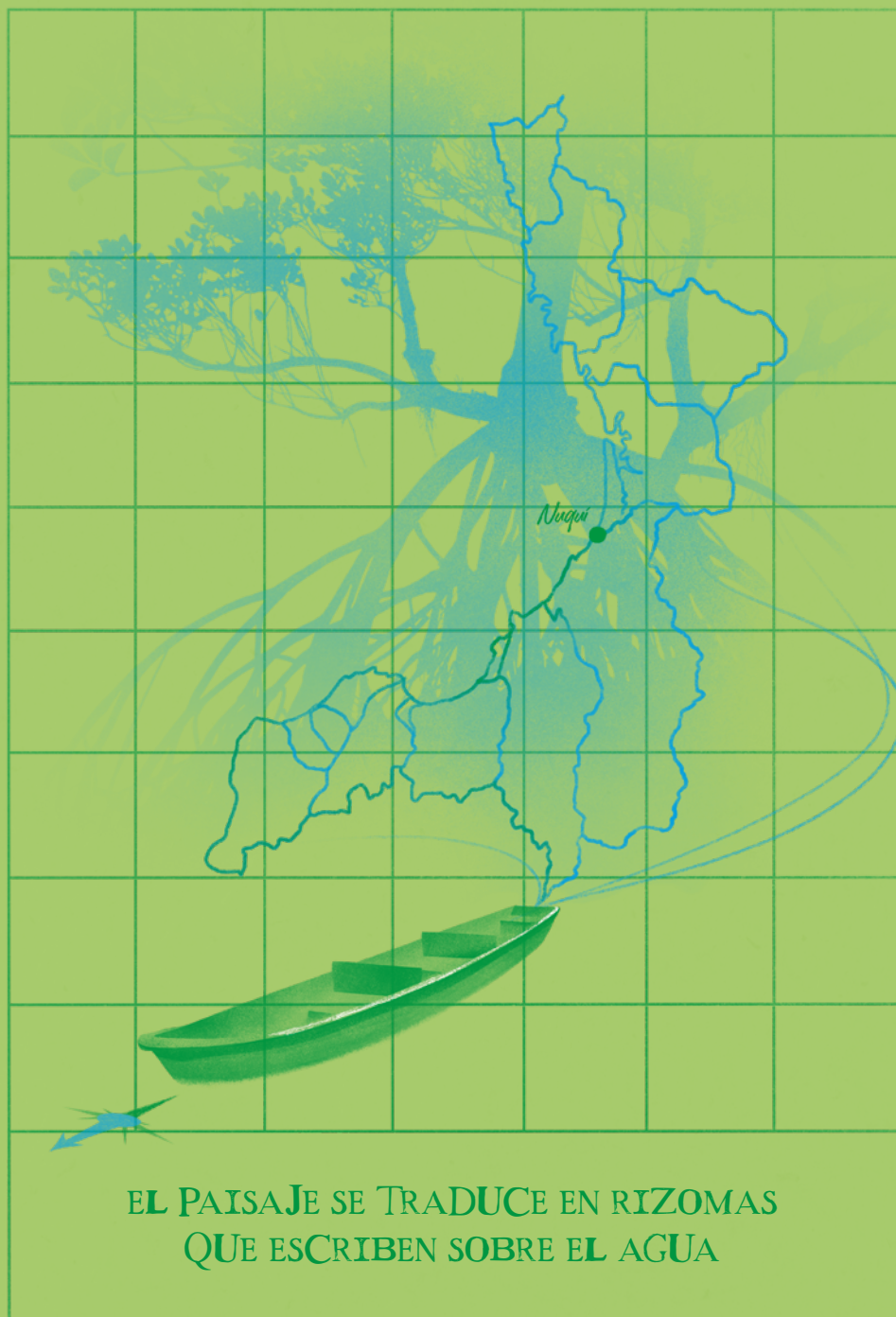
EL PAISAJE SE TRADUCE EN RIZOMAS QUE ESCRIBEN SOBRE EL AGUA

Johanna Hernández Guayambuco

[RESERVA
DE BIOSFERA
TRIBUGÁ-
CUPICA-
BAUDÓ]



RESERVA DE BIOSFERA TRIBUGÁ-CÚPICA-BAUDÓ
[NUQUÍ, CHOCÓ]



EL PAISAJE SE TRADUCE EN RIZOMAS
QUE ESCRIBEN SOBRE EL AGUA



ESCUCHAR LO QUE UN MAPA NUNCA DICE

*[mapa psicoafectivo + adaptación poética
de entrevista]*

En la costa del Pacífico colombiano,
donde el río se abre al mar por las bocas
del territorio de Nuquí, se extiende una de
las zonas de manglar mejor conservadas
del país. Allí, en el corazón de la Reserva
de Biosfera Tribugá–Cupica–Baudó, el
paisaje se traduce en rizomas que escriben
sobre el agua, en barro que memoriza
el paso según su peso y en ramas que
conjuran silencios.

* Nada de su universo lo aprendió en libros. Lo aprendió **metiéndose entre los cimienfos y mareas,** con los pies firmes y el respeto encendido.

El vasto río, también aéreo, corre entre aves meneaculito, cangrejos violinistas y peces plateados. Su aire húmedo transporta aleteos, crujidos, estelas breves que son grafías efímeras de las especies en señal de vida.

Para cuidar un territorio no basta con trazarlo en un mapa o ponerle coordenadas: hay que andarlo, sentirlo, aprender a leerlo como se lee un río. Juntos.

Lo que llamamos «mapa» está en estos manglares: conjuntos de líneas que se entrelazan como raíces, tejen vínculos, cuidan lo invisible, sostienen sin pedir permiso.

Son frontera blanda, memoria vegetal.

Retienen sedimentos.

Reciclan materia orgánica.

Regulan el pulso del agua y la luz.

Son archivo húmedo, escritura viva.

Lenguaje poroso: deja marca, mas no cicatriz.

El barro se traga los pasos, pero devuelve relatos. Fue Calvin Klein Ibargüen quien me enseñó a leer esas señales desde el habitar. Calvin no guía rutas, enhebra recuerdos. Avanza por el territorio como quien vuelve al origen. Su historia está hecha de sal, de agua sinuosa y ausencias que germinan.

Su nombre —recortado de una revista que su padre usó para tapar los huecos de la casa de guadua— es también una forma de invención. Papel brillante, traído del otro mundo, usado para abrigar el propio. Entre anuncios de perfumes y

ropa, su padre eligió ese nombre porque sonaba fuerte. Sonaba a futuro.

Así como se recicla el papel, también los destinos se resignifican.

A los changueros les dicen así por haber nacido en una canoa. Su padre, José Adolfo Ibargüen Valencia, fue uno de ellos. Y el emprendimiento familiar, Changuero Tours, mantiene a flote esa memoria.

No es turismo, dice Calvin.

Es regreso.

Es diálogo constante con la naturaleza.

Es pedagogía desde la tierra.

El manglar fue su primera escuela. Aprendió de su abuela —madre en todos los sentidos— a observar con detenimiento: cómo respira la raíz y se filtra el agua; cómo se apacigua el río cuando hay que escuchar.

Nada de su universo lo aprendió en libros. Lo aprendió metiéndose entre los cimientos y mareas, con los pies firmes y el respeto encendido.

Las diferencias vinieron a romper esa continuidad. A causa del conflicto armado, su familia fue forzada a dejar el territorio y desplazarse a Quibdó. Más tarde, Calvin migró a Medellín, donde trabajó en una maquila de jeans poniendo piedritas decorativas en prendas que nunca vestiría. Vivía entre telas ajenas, nombres extranjeros y un brillo plástico que no lo tocaba. Hasta que volvió. No para restaurar lo que fue, sino para sembrar otra forma de habitar.

Hoy guía el camino al manglar. Habla de conocimiento; de los saberes de la comunidad, de la piangua y la cocina. Es el saber oral que se desliza entre el lodo.

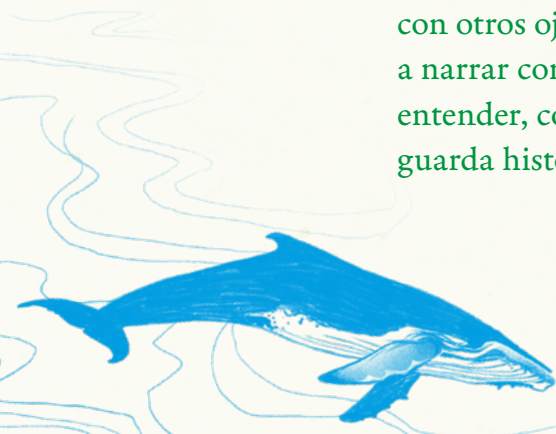
Los niños aprenden a sembrar mangles: planta cada uno un recuerdo, dejan en la tierra una palabra que crecerá.

Los mapas oficiales no dirán esto, dice Calvin.
Ni señalan el lugar donde el pie se hunde por primera vez,
ni la casa de mi abuela que ya no está,
o la canoa donde se nace,
su voz, mi abuela.

Por eso este mapa —el nuestro— es distinto:
hecho de vínculos,
afectos sedimentados,
ecosistemas sensibles que nos conducen a estar.

Lo más fértil no es solo el suelo; también, el relato: el que llevan los guías y se enreda entre raíces y cantos de ave; el que guardan en una canoa o comparten en voz baja.

Hay territorios que adoptan y enseñan a mirar con otros ojos y a caminar más lento. Enseñan a narrar con voces otras desperdigadas. Y a entender, con el cuerpo presente, que el manglar guarda historias que aún no han sido contadas.





MANOS QUE SOSTIENEN EL TERRITORIO

[oficios + canto coral]

Caminan con los pies descalzos sobre la arena. Llevan la mirada anclada en la marea y las manos arraigadas a la tierra. Vienen de linajes que aprendieron a leer las señales del agua, a escuchar los silencios del monte, a sanar con lo que crece y a sostener la vida con lo que saben. Son parteras, sembradoras, curanderas, cocineras, maestras, lideresas. En su hacer cotidiano se entreteje la historia del territorio.

Fermina amasa pan con la paciencia de quien conoce los ciclos de la luna. Lidera la Panadería El Esfuerzo, un emprendimiento colectivo que nació de una red de ahorro entre mujeres de su comunidad. Desde hace más de una década, estas mujeres cuidan la tradición con cada pan resobado y horneado con la receta de la región. El horno se convirtió en símbolo de autonomía: cada pan vendido fortalece la economía local y los lazos entre generaciones. Fermina insiste en que los saberes se heredan con las manos, y que el pan —como la vida digna— también se comparte en comunidad.

Isabel es fuerza de raíz. En Arusí integra la iniciativa comunitaria La Batea, un fogón de saberes donde se recuperan recetas ancestrales como el pescado ahumado en salsa de coco, el plato arusiseño. Pero su labor va más allá del sabor: junto a otras mujeres alimenta a niñas y niños de la comunidad, energía vital para aprender y resistir en jornadas escolares que dependen de la marea. Canta, enseña, siembra, recuerda: “Somos raíz, no decoración” dice, mientras repite con las niñas los versos que celebran su herencia. En cada batea cabe un mundo: el coco, el pescado, el canto, la infancia, la esperanza.

Iris lidera la Asociación de Mujeres Emprendedoras de Nuquí. Cree en el derecho a decidir, a nombrarse, a sostener la vida con autonomía. Ha sido motor de procesos de empoderamiento, participación y justicia: resistió la pandemia, sostuvo la organización cuando apenas quedaban tres socias, y hoy reúne a más de veinte mujeres de distintos corregimientos. Su liderazgo se mueve entre la cocina y la política, entre el fogón colectivo y el debate municipal. Fue concejala durante doce años, con la mayor votación en tres periodos, pero cansada de la politiquería eligió la autonomía organizativa, levantar festivales de saberes y sabores, impulsar derechos, tejer alianzas con indígenas, jóvenes y víctimas. En sus palabras, la lucha por la dignidad comienza con el reconocimiento de los saberes propios y se sostiene en la capacidad de transformarlos en sustento. Su voz convoca a las mujeres a salir del rincón de la

* Todas son parte de un coro sin orillas que –como la marea– avanza y regresa: en llamada y respuesta, trenzan alabaos que reúnen y amparan.

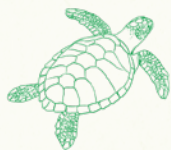
casa y reconocerse como sujetas de derecho, como parte de una red viva que, pese a los obstáculos, insiste en crecer.

Jhoana recoge el eco de estas historias. El Pipote nació de la ternura del coco en su punto exacto y se convirtió en red familiar y comunitaria. Lo que comenzó como cocadas vendidas desde la ventana de su casa hoy es un entramado de mujeres que producen mermeladas, ajíes y dulces sin plásticos, con reglas claras y liderazgo horizontal. “Aquí no hay jefa, todas somos iguales”, dice. Su cocina es un lugar donde se gesta futuro: un emprendimiento que se multiplica en autonomía y solidaridad.

Y todavía hay más manos que sostienen la vida en Nuquí. Marcia, desde el Hotel Obega, entiende el turismo como acto de cuidado. Mayeisy, con su familia, siembra cacao, yuca, plátano y papachina. Dina, con Delicias Grey, convierte frutas en dulces que son archivo sensible, cada venta, una forma de sostener la economía del hogar; coordina círculos de mujeres, promueve el emprendimiento como acto político: “cuidar es producir sin despojar”, afirma.

Todas son parte de un coro sin orillas que —como la marea— avanza y regresa; en llamada y respuesta, trenzan alabaos que reúnen y amparan.

La Reserva de Biosfera habita en cuerpos de mujer: se despliega, cría; resiste y canta. Como ellas, guarda y transforma. No hay conservación sin afecto ni comunidad que permanezca sin su cuidado. Este canto coral les pertenece: a quienes siembran, enseñan y empujan la vida en voz baja, con la potencia del mar, el río, la selva siempre.

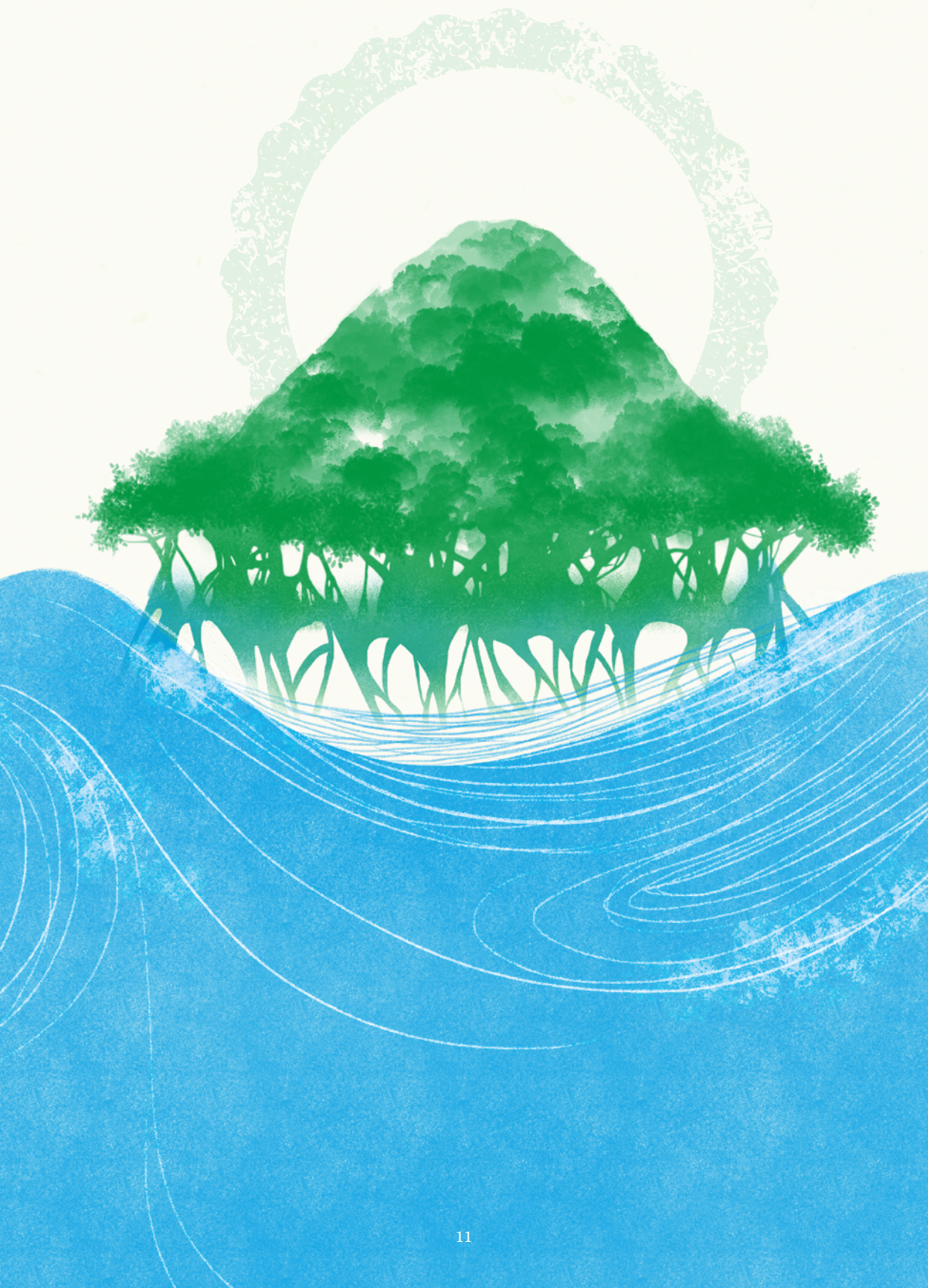


RESERVA DE BIOSFERA TRIBUGÁ–CUPICA–BAUDÓ

[reporte básico]

El corredor Tribugá–Cupica–Baudó, al occidente del departamento del Chocó, concentra una de las mayores diversidades biológicas del planeta. Aquí confluyen selvas húmedas y ríos, estuarios y manglares, playas y lagunas costeras y arrecifes coralinos; ecosistemas que se entrelazan entre mar y montaña como un tejido vivo. En esta geografía resuenan los golfos de Tribugá y Cupica, las ensenadas de Arusí, Coquí y Utría, y las bahías de Nabugá y Solano. Este entramado excepcional está abrazado por la Serranía del Baudó, una cadena montañosa paralela al océano Pacífico que se extiende de norte a sur y actúa como conector ecológico crucial: favorece la diversidad genética y permite la movilidad de numerosas especies entre Centro y Suramérica, lo que sostiene los ciclos naturales que dan vida al territorio.

Reconocida en el 2023 por la Unesco como parte del programa Man and The Biosphere (MAB), la Reserva de Biosfera Tribugá–Cupica–Baudó es la primera de su tipo en el Pacífico colombiano. Abarca algo más de medio millón de hectáreas. 159.314 de ellas son



* La reserva no es solo un polígono ecológico, sino también un **corredor biocultural** cuya gestión articula conservación, uso sostenible y apoyo logístico para investigación, educación y monitoreo.

continentales y 387.290 marinas. El modelo de gestión sostenible de la reserva la organiza en tres zonas complementarias: núcleo (46.270,65 ha), amortiguación (149.566,29 ha) y transición (350.768,10 ha). La reserva no es solo un polígono ecológico, sino también un corredor biocultural cuya gestión articula conservación, uso sostenible y apoyo logístico para investigación, educación y monitoreo. Todo esto lo sostienen procesos sociales y la permanencia de comunidades afrocolombianas e indígenas emberá que habitan, cuidan y defienden el territorio.

Para comprender la permanencia de estas comunidades pongamos de presente la Ley 70 de 1993, que reconoce los derechos territoriales de las comunidades negras sobre las tierras que han habitado ancestralmente; también la Ley 21 de 1991, que otorga garantías similares a los pueblos indígenas. A partir de estas normativas, el territorio de Nuquí se organiza mediante el autogobierno de los consejos comunitarios. Nueve de ellos integran la Asociación General Los Riscales: Jurubirá, Partadó, Nuquí, Tribugá, Joví, Coquí, Panguí, Termale y Arusí. La asociación la fundaron en los años noventa como respuesta colectiva a la urgencia de defender la dignidad del pueblo negro y su vínculo con el Golfo de Tribugá, que administra más de 31.000 hectáreas y articula la protección cultural, ambiental, económica y política del territorio.

El poblamiento de esta región –antiguo y contemporáneo– es reflejo de una ocupación

continua. Primero fueron los pueblos indígenas Cueva, antecesores de los actuales Gunas. Hoy, los Emberá comparten el territorio con comunidades afrocolombianas que llegaron forzadas en tiempos coloniales para trabajar en las minas de oro del Chocó. Más tarde, durante los siglos XIX y XX, la construcción del Canal de Panamá atrajo nuevos asentamientos vinculados a la explotación de recursos naturales. Así se consolidó un entramado humano tan diverso como resistente, tejido entre la selva, el mar y la montaña.

Aunque los títulos colectivos han garantizado el derecho sobre la tierra, las figuras estatales de conservación no siempre han reconocido los modos propios de habitar y cuidar el territorio. En ese contexto, el reconocimiento como Reserva de Biosfera marca un punto de inflexión. Se trata de una figura internacional que legitima la confluencia entre conocimiento científico y saber tradicional, y reafirma que proteger la biodiversidad también implica fortalecer las formas comunitarias de gobernanza. Conservar se parece más a tejer alianzas que a cercar. Por ello, la zona núcleo concentra los valores de conservación — el cuidado de manglares, las áreas del Parque Nacional Natural Utría y la franja de preservación del DRMI Golfo de Tribugá–Cabo Corrientes—; la amortiguación atenúa impactos y resguarda; y la transición habilita actividades productivas compatibles que sostienen el bienestar comunitario.

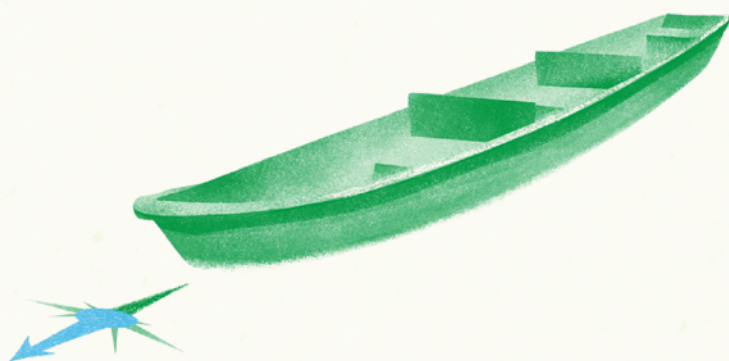
DRMI Golfo de Tribugá–Cabo Corrientes.
Declarado por Codechocó mediante el Acuerdo

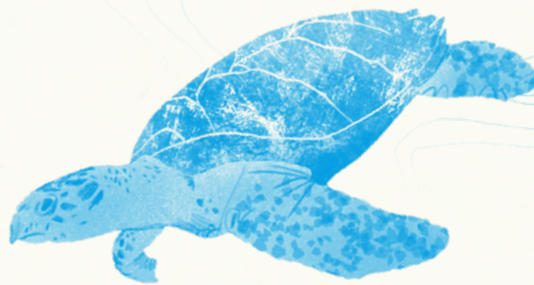


011 del 18 de diciembre de 2014, abarca ~60.138 hectáreas entre Cabo Corrientes y el límite meridional del Parque Nacional Natural Utría y hoy aporta a la zona núcleo de la Reserva. Su plan de manejo, construido de manera participativa, definió zonas de uso especial para garantizar la continuidad de prácticas tradicionales como la pesca artesanal, la medicina local y la recolección de piangua.

Codechocó, como autoridad ambiental regional, cumple un rol técnico y político: coordina con las autoridades étnico-territoriales, así como con organizaciones y entidades estatales la implementación de planes de manejo para que figuras como el DRMI y la Reserva de Biosfera se traduzcan en acciones concretas. La Reserva, a su vez, integra reglas y figuras de mar y costa –PNN Utría, ZEPA (zona exclusiva de pesca artesanal)– en una unidad de gestión alineada con la Unidad Ambiental Costera Pacífico Norte.

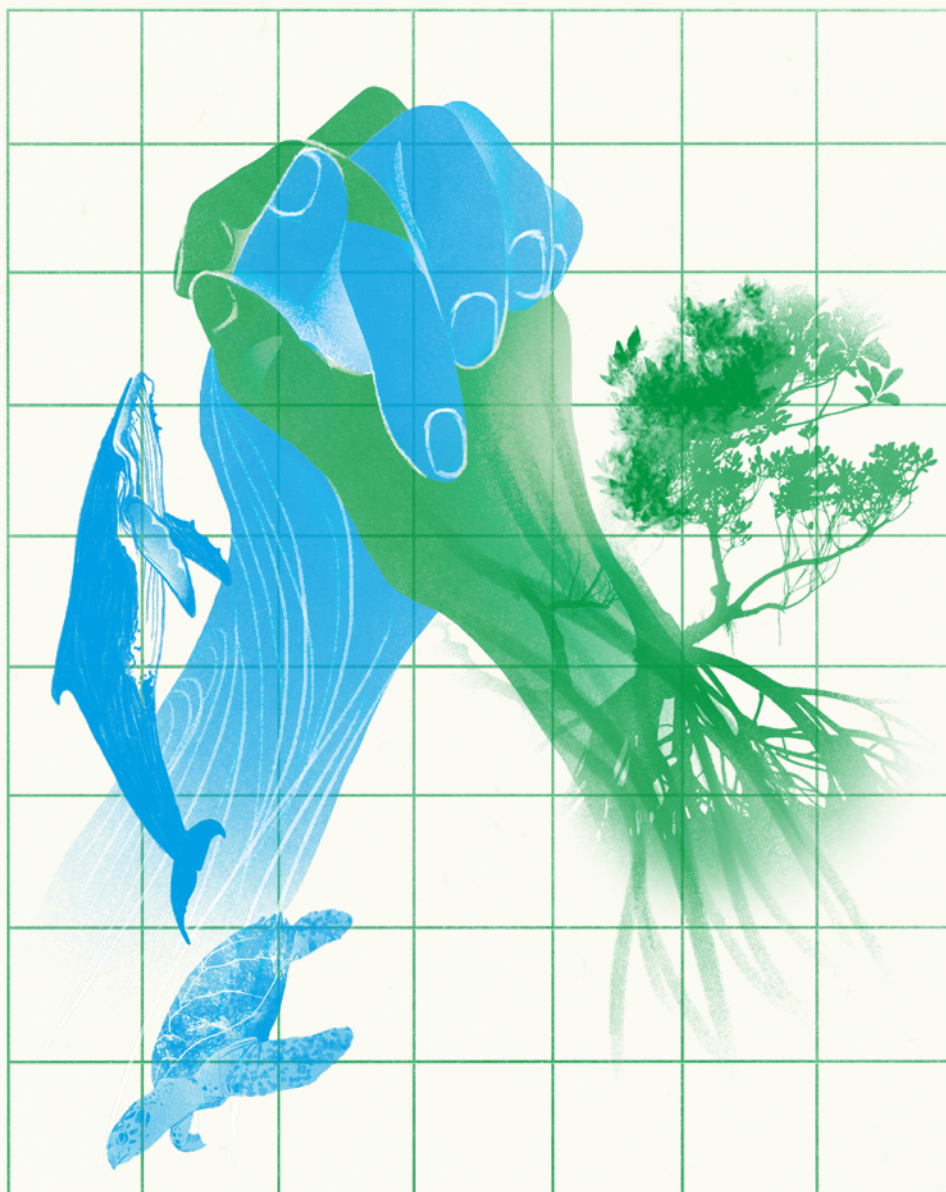
Tejidos jurídico-administrativos que juntan esfuerzos de cuidado.





Esta geografía resguarda una diversidad notable: manglares, selvas húmedas tropicales, estuarios, playas, ríos, lagunas costeras y un sinfín de formas de vida que existen –muchas de ellas– solo en este rincón del mundo. Ballenas jorobadas, tiburones ballena, tortugas carey y decenas de especies endémicas dan cuenta de un equilibrio que, lejos de ser estático, es movimiento vivo entre especies y saberes.

Para que las figuras no se queden en el papel, el territorio ha impulsado formas concretas de implementación. La Minga Todos Juntos, creada en 2018 por Conservación Internacional y Fondo Acción, es un mecanismo financiero y programático que cofinancia la gestión de áreas protegidas regionales en Nuquí (Chocó) y Bahía Málaga (Valle del Cauca), con horizonte de treinta años y cobertura de 350.000 hectáreas. Sus recursos aportan cerca del 40% de la financiación de planes de manejo, esto en trabajo articulado con Codechocó, CVC y los consejos comunitarios.



EN TIEMPOS DE EMERGENCIA CLIMÁTICA Y ECOLÓGICA, UNA FIGURA DE CONSERVACIÓN COMO LA RESERVA DE BIOSFERA APARECE PARA CONTESTAR LAS URGENCIAS DEL PRESENTE DESDE LAS APUESTAS DE VALOR DE UNA RED MUNDIAL.

Desde 2018 La Minga cofinancia iniciativas locales, fortalece el monitoreo comunitario de tortugas y aves así como del manglar, y mejora cadenas productivas (pesca artesanal, piangua, turismo, reciclaje), todo esto con mujeres a la cabeza y comunidades como las de Panguí, Coquí y Termales realizando patrullajes, liberación de tortugas y educación ambiental.

En tiempos de emergencia climática y ecológica, una figura de conservación como la Reserva de Biosfera aparece para contestar las urgencias del presente desde las apuestas de valor de una red mundial. Se trata de un modo de conservación que prioriza la zonificación funcional y que reconoce la existencia —y la resistencia— de pueblos negros, indígenas y campesinos. En el corredor Tribugá–Cupica–Baudó la memoria del cuerpo, la palabra compartida y la relación respetuosa con el territorio se entrelazan como formas vivas de conocimiento. Desde la partería hasta la medicina tradicional, pasando por la pesca artesanal o las danzas rituales, estos saberes no son vestigios del pasado sino brújulas del presente y faros para el porvenir.





ENTRE EL RÍO Y EL FUEGO: MUSEO MELELÉ

[artefacto de memoria]

Como el viche que fermenta en silencio, así se fue gestando el Museo Melelé, a punta de paciencia y empuje, cucharadas de chancarina, envueltos humeantes, trueques, días de lluvia, mujeres que saben estirar el tiempo. Las manos de Cándida García nunca dejaron de hacer. Soñó —junto a otras mujeres afrocolombianas del Pacífico— esta casa de memoria en Nuquí, en el barrio La Virgen, a orillas del río, donde el manglar resuena y el monte escucha.

Melelé es alimento. Una palabra ancestral que viene del fuego y que ya casi no se dice. Era la forma de nombrar una comida completa: un sancocho bien hecho, un todo junto. La olla grande donde se cocina para todas. Por eso —dice Cándida— elegimos ese nombre: para rescatar lo que la lengua guarda, aunque el tiempo intente borrarlo.

La morada que lo sostiene es un palafito erguido sobre pilotes de guadua y madera, techada con palma trenzada, abierta al río y al aguacero.

Debajo brotan plantas, se curan raíces, se lavan
bateas. Nada sobra. El espacio respira en capas,
como lo hace la tierra húmeda que la abraza.

Aquí todo se va calentando. Se va curando.

No hay objeto que no tenga hervor
o resonancia.

Una olla tiznada que fue madre de tantos
sudados de pescado.

Una tabla marcada por el golpe del plátano.

Ralladores que rasparon coco con ternura.

Tazas de peltre desportilladas, botellas con
raíces, yuyos, cortezas sumergidas.

Instrumentos que saben del cuerpo: tambores,
marimbas, guasainas, maracas.

Y una sozunga de totumo, nacida del recuerdo.

Fue un día, dice Cándida, cocinando
espaguetis en fogón de leña. La coladera de
plástico se deshizo. El enojo fue inmediato.

—Qué porquería.

Una de sus nietas, con los ojos abiertos,
le preguntó:

—¿Y ustedes antes con qué colaban?

—Con una sozunga de totumo.

—¿Con una qué?

Aparecieron las inquietudes, las respuestas.

Ahí empezó otra tarea: recoger, hilar lo
aprendido, mostrárselo a quienes vienen con las
manos abiertas.

* Los saberes
no se
consignan.
Se hierven a
fuego lento,
se musitan,
se entregan.

Más tarde, en un intercambio de plantas medicinales en Perú, Cándida comprendió el alcance del olvido: pueblos sin palabras para hablar de sus muertos; jóvenes buscando a los últimos que aún recordaban. Entonces entendió: el Melelé también debía curar esa pérdida.

Cándida resguarda este acervo como se guardan los remedios: con reverencia.

Lo que para otros sería desecho, para ella es semilla.

Su curaduría es empírica, entrañable. Un saber que se trenza con la madera de la casa, el aroma de la cocina, el rumor del agua.

Melelé es también escuela de plantas.

Botellas que curan. Yervas que enderezan huesos.

Hojas que bajan la fiebre.

Nombres que resuenan como estribillos: albahaca morada, guineo, anamú, hierba de chucha, peperrepe.

Con ellas se amansa el dolor.

Los saberes no se consignan. Se hierven a fuego lento, se musitan, se entregan. Que una niña aprenda los sabores de su abuela. Que un joven escuche la cumbancha —con tambora y bongó— y sienta que ese golpe también le pertenece. Un alfabeto encarnado, hecho de gestos y utensilios, donde cada objeto guarda un pensamiento, cada pensamiento una pulsación, cada pulsación, un relato que aún germina.





CINCO AGUAS

[acuuario estético + estelas: otros sentidos de la naturaleza]

El agua de la reserva no es una. Cada corriente tiene huella, movimiento y nombre: el mar, el río, la quebrada, el salobre y la termal. Cinco presencias líquidas que sostienen la vida, resguardan secretos y transmiten saberes.

El mar se ondula al ritmo del canto de las ballenas jorobadas —madres de los nacimientos— que visitan la costa entre julio y octubre. Su oleaje marca el tiempo y dibuja el horizonte, baña las canoas y despeja los miedos. Con la migración de delfines y tiburones ballena, esta vasta extensión se siente habitada por colosos marinos, presencias inmensas que recorren el océano en su tránsito secreto. El mar enseña paciencia y verdad: devuelve lo que no es suyo, impone su propio compás, obliga a esperar la bajamar o la pleamar. Es honestidad de agua, medida de los ciclos de la vida cotidiana en el Golfo de Tribugá.

El río desciende con fuerza desde la montaña; arrastra semillas, nutrientes, peces endémicos. A lo largo de su curso, los manglares se abrazan a sus orillas y actúan como salacunas de



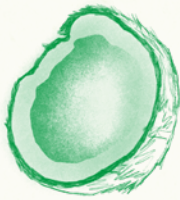
la biodiversidad. El río traza caminos, cobija remansos que las mujeres piangüeras conocen con precisión, como quien lee una escritura ancestral. En sus bocanas, el encuentro con el mar es frontera y desafío: hay que saber salir antes de que la marea suba. Los pescadores llaman a ese momento el zafío: un permiso secreto del agua para cruzar sin riesgo.

La quebrada, íntima y cristalina, es refugio de ranas diminutas y musgos que saben del silencio. Lava cuerpos, ropa y días; su murmullo revela lo esencial. Es bendición cotidiana, memoria líquida que acompaña cada gesto de la vida rural.

El agua salobre es alquimia: punto de unión entre lo dulce y lo salado. Cura la piel, afina los sentidos, mezcla corrientes que sostienen organismos resilientes, guardianes de ese borde frágil donde dos mundos se tocan.

La termal emerge tibia desde las entrañas del territorio. Alivia los huesos, acompaña partos, conversa con lo invisible. En Jurubirá, su calor no solo relaja los cuerpos: reconecta espíritus y despierta la memoria del agua. Allí habitan las termófilas, discretas y sabias, portadoras de una vida microscópica que no se ve.

Estas aguas disuelven la frontera entre naturaleza y cultura. Según Ignacio Piedrahíta, los ríos no son solo cauces; son portadores de justicia, afecto y memoria —estructuras vivas de convivencia. Y como escribe Astrid Ulloa, aquí no hay separación entre lo humano y lo no humano. La naturaleza no es una entidad externa, sino una red relacional, entramado social, espiritual y político. El agua enseña a ver otros colores y distancias. Como micelio líquido, dibuja redes profundas que nutren. La conservación, en este rincón del Pacífico, es práctica diaria. Se encarna en la escucha del goteo, en el respeto a lo imperceptible.



LOS COLORES QUE CANTA NUQUÍ

[carta cromática y sonora]

—

Nuquí es un canto sin pausa. Un sistema social y ecológico tejido entre la lluvia y el mar, donde la tierra no termina y el agua no empieza, porque todo se agita bajo un mismo pulso. El cielo se desgrana en aguaceros y la selva —con el manglar, bosque anfibio— respira al mismo compás. Cada lugar abre su paleta de colores como una flor desplegándose. No hay tonos discordantes: los matices se enlazan en una armonía que solo el Pacífico sabe cantar. El azul no es solo cielo ni solo mar: es el tono espiritual de lo infinito, una lengua líquida que abraza el horizonte y a veces se vuelve celeste, a veces índigo, y al atardecer, rosa coral. El verde es vigor: selva húmeda, montaña viva, pipote tierno, huerta fértil, rana luminosa. Es un verde que nunca se repite, que se reinventa en cada hoja, en cada sombra de árbol, en cada ondulación del manglar.

Nuquí huele a flor silvestre, a sal viva, a coco recién partido. Sus espacios se caminan con los ojos despiertos: una orquídea de pétalos

* **Llegar a**
Nuquí es
cruzar un
umbral. Por
aire o por mar,
la primera
reacción
es física: se
ensancha la
mirada, el
aire entra
hondo, se
eriza la piel.

como dientes, un cangrejo naranja que entreteje la arena, una danza espontánea, un fogón encendido en el patio. En la playa, las piedras cuentan galaxias: grandes y pequeñas, lisas o rugosas, con vetas y remolinos —planetarios de bolsillo— donde caben grises de río, negros volcánicos, marrones de cacao y salinos blancos. Esta cabecera municipal, situada entre los brazos del Pacífico y el corazón húmedo del Chocó, no se observa: se escucha. Todo suena al tiempo: ranas, grillos, lluvia incesante, el vaivén de las olas, el paso del río, las carcajadas de la infancia, el canto de los pájaros que surcan el cielo despejado. La noche no apaga el color: lo transforma. Bajo la constelación de Orión, el manglar —frontera porosa entre dulce y salado, entre barro y raíz— es escudo y santuario: guarda alimento, madera y memoria; templo de carbono azul, en sus tejidos, y en el barro anóxico, se almacenan reservas valiosas para regular el clima.

Llegar a Nuquí es cruzar un umbral. Por aire o por mar, la primera reacción es física: se ensancha la mirada, el aire entra hondo, se eriza la piel. No es un destino masivo; quien llega busca bajar el ritmo para volver a conectar con lo esencial —¿qué es conectar con lo esencial?. La selva y el océano dialogan en aguas múltiples: ríos que desembocan en cascadas, termales que emergen del subsuelo, manglares que respiran entre barro y raíz, bocanas que mezclan lo dulce y lo salado, y la ruta ancestral de las ballenas que viajan miles de kilómetros para parir en estas aguas

tropicales. Aquí se aprende a leer la naturaleza como biocultura: un tejido donde saberes de pescadores, agricultoras y parteras sostienen la vida y transforman lo cotidiano. El mar impone sus horarios, las mareas enseñan a esperar, la selva ofrece alimento y remedio. Nuquí es también sabiduría de agua: memoria de los ríos, energía que sana, lección de equilibrio que se encarna en la agricultura, la pesca y el turismo sostenible.

Quien visita queda deslumbrado por la intensidad de los colores: no hay rincón que no sorprenda. Las calles húmedas, gastadas por la lluvia, conservan el pigmento del tiempo. Las casas se tiñen de fucsia, de ocre, de azul cobalto, de naranja encendido; los muros respiran, cubiertos de murales donde jaguares, mujeres de mirada firme, peces, aves y geometrías ancestrales dan testimonio de una identidad compartida. Las telas colgadas en las cuerdas son lienzos en movimiento: flores incandescentes, tigres de fantasía, geometrías que parecen danzar con el viento. No son solo ornamento: son memoria textil, archivo de colores que se transforman en vestidos y faldas, en historia compartida sobre el cuerpo.

Los animales llevan su firma cromática. Las ranas, diminutas y brillantes, parecen fragmentos del arcoíris con patas. Los peces relucen bajo el agua turquesa con brillos metálicos que desafían el lenguaje. Las tortugas, con sus caparazones vetados, arrastran la memoria del océano. El coco cambia de tonalidad según el tiempo: del

verde claro de la juventud al marrón fibroso de la madurez. La piel oscura de sus habitantes, tersa y luminosa, es también parte del paisaje, del mapa corporal del territorio. El color entra por los ojos, pero también por la piel, por el oído, por el recuerdo. Crear una carta cromática de Nuquí es como escribir su biografía visual: cada pigmento es una frase del territorio, cada variación de tono una inflexión del habla natural. ¿Cómo vemos su espacio a través del color? Igual que se escucha una canción antigua. Y en Nuquí esa canción tiene nombre propio: la cumbancha, música ancestral que significa cultura, viche y vida; un ritmo cien por ciento autóctono del municipio, nacido de los ancestros como alegría compartida. Tras un trago de viche, llega la inspiración: una letra puede brotar de cualquier suceso cotidiano —un pescador enfrentando la marea, una mujer recolectando piangua en el manglar, una partera recibiendo un niño bajo la lluvia. Cada anécdota se vuelve canto, cada historia, música. Así se escucha Nuquí: con los sentidos abiertos, con el cuerpo atento, con el corazón dispuesto a guardar lo que no se dice, pero se siente. En cada ritmo y en cada color, el territorio expande su relato: una paleta sonora y visual donde la vida se canta y se pinta al mismo tiempo.





DANZAR EL PORVENIR

[*futuros imaginados*]

—

Orfelina convirtió la danza en un refugio y en una herramienta de transformación. Empezó en el barrio El Porvenir de Nuquí, enfrentando con aguja, hilo y palabra las heridas de niñas y niños que crecían entre ausencias y peligros. Las recibió en su casa: primero un baño, luego ropa limpia, después, en una mesa de cartón, tareas escolares improvisadas. De ese gesto nació un movimiento. Lo que comenzó con cuatro niñas hoy reúne decenas de jóvenes bajo el nombre de Serranías del Porvenir, una escuela comunitaria donde la danza se mezcla con valores, cuidado y hermandad. Allí, entre telas de colores vivos y tambores que marcan el compás, la cultura se volvió defensa de la vida. Los trajes cosidos por las manos de Orfelina son mucho más que vestimenta: piel simbólica, bandera que ondea en cada escenario. En los ensayos, entre un pasillo, una mazurca o un alabao, se aprende a compartir tiempo, alimento, escucha y saberes, a respetar al otro y a cuidar lo común. La danza enseña a ser familia, incluso entre quienes no comparten la sangre.

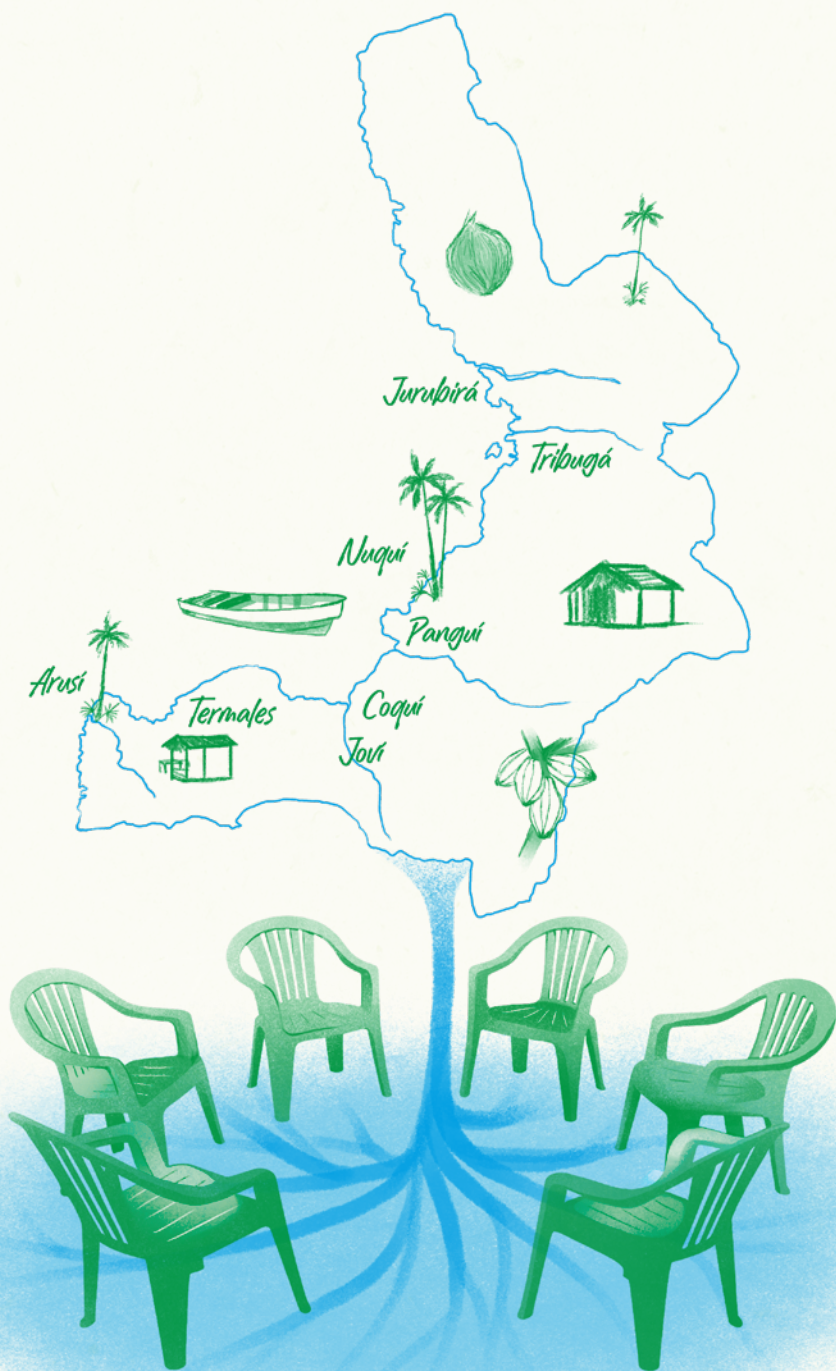
* Sueña con un barrio que alguna vez cargó abandono convertido en taller de vida; con jóvenes que regresan trayendo nuevos saberes; con niñas que descubren, en el vuelo de la falda azul, otra manera de andar el mundo.

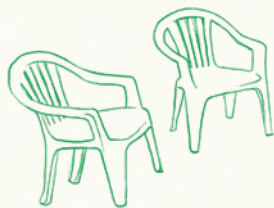
El mañana que sueña Orfelina es una casa amplia donde nadie llegue con hambre, donde cada ensayo tenga también un plato de comida y cada uniforme no sea un sacrificio sino un gesto de dignidad. Imagina un taller de costura que fortalezca al grupo y ofrezca trabajo a madres cabeza de hogar, máquinas que vistan a las niñas y niños con ropa digna y, a la vez, sostengan la fundación. Sueña con proyectos productivos que rescaten la memoria ancestral: cocadas envueltas en hojas de plátano, miel de caña, harina de popocho hecha alimento y marca propia. Todo confluye en un mismo tejido: preservar la cultura mientras se construye sustento.

Orfelina imagina su futuro ligado al de la comunidad. Sueña con un barrio que alguna vez cargó abandono convertido en taller de vida; con jóvenes que regresan trayendo nuevos saberes; con niñas que descubren, en el vuelo de la falda azul, otra manera de andar el mundo. Para ella, la danza no es solo arte: es educación, cuidado, medicina y resistencia. El porvenir que proyecta no es un lujo, es un derecho. Y en cada puntada, en cada coreografía, se abre el propio camino de Nuquí: una ruta donde bailan mientras sueñan.



SUEÑA CON PROYECTOS PRODUCTIVOS QUE RESCATEN LA MEMORIA ANCESTRAL: COCADAS ENVUELTAS EN HOJAS DE PLÁTANO, MIEL DE CAÑA, HARINA DE POPOCHO HECHA ALIMENTO Y MARCA PROPIA.





PASADO SOCIAL, PRESENTE COLECTIVO

[*pasado social*]

El pasado social de Nuquí no se mide en cronologías, sino en los lazos que perduran. En esa memoria compartida, La Minga –Todos Juntos– entra como un mecanismo de largo aliento que asegura recursos estables para conservar y vivir del territorio. Fue creada en 2018 por Fondo Acción junto con Conservación Internacional como el primer esquema financiero pensado para áreas protegidas regionales del Pacífico; hoy cubre cerca de 350.000 hectáreas y garantiza flujo de recursos por treinta años, aportando alrededor del 40% de la financiación de sus planes de manejo. La Minga trabaja en tres territorios colectivos y sus áreas protegidas: Consejo Comunitario General Los Riscales (Nuquí, Chocó), y La Plata - Bahía Málaga y Chucheros (Buenaventura, Valle del Cauca), en articulación con las autoridades ambientales Codechocó y CVC, y con los propios consejos comunitarios.

La Minga no llegó con formalismos. Llegó a escuchar, a recorrer ríos y manglares, a reconocer

que el saber ya habitaba en las comunidades. El trabajo se venía madurando desde conversaciones y preparatorios con autoridades y organizaciones; a partir de 2018–2019 se activaron las primeras convocatorias y convenios, y desde entonces la apuesta ha sido “llevar el plan al territorio” con presencia sostenida y acuerdos locales.

Un hito reciente fue la socialización y firma de convenios para iniciativas productivas sostenibles en los corregimientos de Los Riscales. En esa jornada se oficializó el apoyo a dieciocho iniciativas de Arusí, Termales, Joví, Coquí, Panguí, Tribugá y Jurubirá —acuerdos entre organizaciones de la comunidad y La Minga— en líneas como turismo comunitario, pesca artesanal responsable, economía circular, agricultura familiar y procesos liderados por mujeres. Entre sillas plásticas y carpetas azules, cada corregimiento compartió su propio relato: la iniciativa comunitaria como raíz del presente y del porvenir. Los convenios sostienen la vida cotidiana: panaderías colectivas que amasan autonomía; posadas nativas que entienden el turismo como hospitalidad y cuidado;



asociaciones de mujeres que transforman coco y frutas; agricultura familiar que reaviva el cacao; y grupos juveniles que, con la guianza o el surf, convierten cultura en sustento. Son puntadas de una misma trama, fortalecer cadenas productivas locales y el monitoreo comunitario —tortugas, aves, manglar— para “conservar produciendo” y “producir sin despojar”.

La Minga, más que estrategia, es memoria reactivada. Al nombrar y acompañar —con acuerdos y cofinanciación— estas iniciativas, y al reconocer el liderazgo de mujeres, jóvenes y agricultores, devuelve centralidad a historias que habían quedado en los márgenes y enlaza la conservación con medios de vida en los hogares. Los rostros de quienes asistieron —con la expectativa de firmar un convenio, con la ilusión de ver crecer su proyecto— son parte de ese archivo vivo. Como recuerda Maurice Halbwachs, la memoria colectiva se reconstruye desde las necesidades del presente. Aquí la necesidad es clara: sostener comunidad, conservar el territorio y garantizar que la vida digna tenga futuro en Nuquí.





CANGREJOS: DEL MANGLE A LA ARENA

[material abierto / retrato animal]

En los manglares, las raíces aéreas sostienen un mundo de pequeños habitantes que suben, bajan, excavan, dejan huellas y mueven la materia del bosque. En la playa, otros cangrejos abren orificios en la arena seca y corren como flechas antes de que llegue la siguiente ola. No son los mismos ni hacen lo mismo, pero los dos sostienen ciclos esenciales.

En el manglar, uno de los “oficios” más visibles lo cumplen los cangrejos que comen hojarasca y remueven el barro. Al cortar y procesar hojas caídas, y mezclar ese material con el sedimento, aceleran el reciclaje de nutrientes y oxigenan un suelo por lo general pobre en aire. Esa tarea —bioturbación— mantiene activo este humedal de mangle y sostiene cadenas de alimento que alcanzan peces y aves. En los registros locales de Tribugá, el Instituto de Investigaciones Ambientales del Pacífico (IIAP) documenta varios de estos crustáceos asociados al mangle. También, sobre raíces y ramas, se ven cangrejos

trepadores que actúan como podadores del dosel: mordisquean hojas tiernas, se desplazan por las raíces como por puentes y descienden cuando la marea lo permite. Que haya “hojarasqueros” abajo y “podadores” arriba reparte el trabajo de procesar la vegetación y ayuda a recircular los nutrientes.

En la franja de arena, lejos del barro, domina otro vecino: el cangrejo fantasma. Vive en playas abiertas, excava madrigueras por encima de la línea de arribo y sale a forrajear cuando la superficie se enfría. Corre de lado —como casi todos los braquiuros— y se alimenta de lo que el mar deja: detritos en la arena, pequeños invertebrados, restos de plantas o animales. Sus agujeros y “montículos” son señales visibles; por su sensibilidad a la perturbación humana se usan como bioindicador del estado de las playas.

Las pistas delatan a cada grupo. En el manglar, junto a una boca de cueva se ven pequeñas “estibas” de hojas trituradas o cortes limpios en las hojas que cuelgan; en la playa, bolitas de arena y corredores anaranjados que se esconden en diagonal. Mirar cangrejos es leer el litoral: saber cuándo baja la marea, dónde se oxigena el barro, qué trae la última resaca. En Nuquí, el manglar y la playa tienen su propia cuadrilla de jardineros y aseadores. Si el manglar es un bosque que respira por las raíces, los cangrejos son su sistema de ventilación; si la playa es una libreta donde el mar escribe, ellos son quienes pasan la página.

Esta publicación se produjo en el marco de La Minga – Todos Juntos, una iniciativa que apoya la sostenibilidad financiera y la gobernanza en áreas protegidas en el Pacífico colombiano en territorios étnicos y fue posible gracias al apoyo de Blue Action Fund.

El paisaje se traduce en rizomas que escriben sobre el agua

[Reserva de Biosfera Tribugá–Cupica–Baudó]

Johanna Hernández Guayambuco

978-628-97557-6-3

Fundar cuidado: figuras de conservación en territorios de Colombia

978-628-95312-9-9

Es un proyecto editorial de apropiación social del conocimiento de la Maestría en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo en alianza con el Fondo Acción.

FONDO ACCIÓN

Natalia Arango Vélez - Directora Ejecutiva

Juan Carlos Parada Jaiquel – Director

Administrativo y Financiero

Elizabeth Valenzuela Camacho –

Directora Técnica

Juan Pablo Marín Echeverry –

Director Jurídico

Heidy Angarita Suárez – Directora de Operaciones

Luisa Mendoza Roza – Coordinadora de Comunicaciones

Salomé Sánchez Sotomayor – Analista de comunicaciones y diseño

LA MINGA

Paula Giraldo Ramírez – Coordinadora

INSTITUTO CARO Y CUERVO

Daniella Sánchez Russo – Directora General

Juan Álvarez, Coordinador Creativo – Docente investigador de la Maestría en Escritura Creativa

DISEÑO

El Bando Creativo

Todos los derechos reservados a Fondo Acción.

Esta prohibida la reproducción de esta publicación para la venta o para otros fines comerciales sin permiso escrito previo de quien detenta los derechos de autor.



